

Beato Alberto Marvelli (1918-1946)

Alberto Marvelli nació en Ferrara, Italia el 21 de marzo de 1918, siendo el segundo de once hermanos. Cuando se trasladó a Rimini con su familia, empezó a asistir allí al Oratorio Salesiano. Siempre fue disponible; llegó a ser catequista y animador: la mano derecha de los Salesianos. Le gustaba y practicó todo tipo de deportes. Tomó como modelos a San Domingo Savio y a Pier Giorgio Frassati. Se lo conoce como el “ingeniero de la caridad”.

En el Liceo

A los 17 años escribió su proyecto de vida y lo renovó a lo largo de su vida. Ingresó al grupo Oratoriano de la Acción Católica convirtiéndose pronto en su presidente parroquial. Brindó sus servicios a la Iglesia en Rimini como vicepresidente diocesano de Acción Católica. Como estudiante de ingeniería en Bologna, tomó parte activa en la Federación Universitaria Católica Italiana (FUCI), permaneciendo fiel con sacrificio a la Eucaristía diaria.

Ingeniero

En junio de 1942 se graduó y empezó a trabajar en la Fábrica italiana de automóviles (FIAT) en Turín. Hizo su servicio militar en Trieste; y logró llevar a muchos de sus compañeros a la Eucaristía. Durante la Segunda Guerra Mundial fue un apóstol de los desamparados y una verdadera providencia para los pobres. Después del ingreso de los Aliados a Rimini, se le asignó el cargo de asesor municipal del departamento de vivienda y reconstrucción e ingeniero a cargo de Ingeniería Civil: “Los pobres se les atiende de inmediato”, decía; “los demás pueden esperar”.

Soldado

Aceptó ser candidato para las elecciones en la lista de la Democracia Cristiana. Fue reconocido por todos como un cristiano comprometido, pero no partidista; tanto que un adversario comunista diría: “No me importa si mi Partido pierde con tal que el Ingeniero Marvelli sea elegido alcalde”.

Deportista

El Obispo lo designó presidente de los graduados católicos. Su devoción mariana y eucarística fueron realmente las columnas que sostenían su vida. En su diario escribió: “Qué mundo nuevo se me abre contemplando a Jesús en el Santísimo Sacramento. Cada vez que recibo la Santa Comunión, cada vez que Jesús en su divinidad y humanidad entra en mi, en contacto con mi alma, es un encenderse de santos propósitos, una llama que quema y que consume, pero que me hace tan feliz!”.

Murió al ser atropellado por un camión militar el 5 de octubre de 1946. Fue, como quería Don Bosco, un buen cristiano y un ciudadano honesto, comprometido con la Iglesia y la sociedad con un corazón salesiano. Cuando joven, su lema era: Vivir avanzando hacia arriba o morir.

Fue beatificado el 5 de setiembre de 2004 en Loreto, Italia, por el Papa Juan Pablo II.

Mensaje de Rector Mayor

BIENAVENTURADO ALBERTO MARVELLI (1918-1946)

El amor nunca está en descanso- La vocación de un ex-alumno salesiano

Es el primer antiguo alumno salesiano declarado bienaventurado por la Iglesia. Cuando fue beatificado he escrito: “La beatificación de Alberto Marvelli es un llamado a encontrar el camino de la santidad en la familia, en la profesión, en la política; pero es también un reconocimiento de la educación salesiana, capaz de formar santos”...más

Esta es la grande convicción y experiencia personal de Don Bosco, sacerdote educador y formador de jóvenes santos.

Alberto, aún antes del llamado del Vaticano II a los laicos para su empeño en la sociedad, ha reafirmado la vocación de laico comprometido en el mundo, considerando esto no como algo negativo, sino como la viña del Señor en la cual trabajar con competencia y amor, según los criterios de Dios indicados en el Evangelio. Ha realizado así su propia santidad en el estudio, en el trabajo, en toda situación en que se iba encontrando por elección o llevado por los acontecimientos. Martelli vive en la historia del mundo, colaborando con valentía y amor para transformarla en historia de salvación para todos. No es diferente nuestra vocación y misión en este mundo.

La de Alberto Marvelli es una vicisitud que halla, después del ambiente familiar, su terreno de cultura y de crecimiento en el oratorio salesiano de Rímmini, en la parroquia de Santa María Auxiliadora. La llamada de Dios pasa a través de la fe de su familia y a través de un ambiente rico de vida y de propuesta cristiana como es el oratorio salesiano, en donde el ejemplo y la atracción de Domingo Savio son muy fuertes y contagiosos. Alberto reza con recogimiento, da clases de catecismo con convicción, demuestra celo, caridad, serenidad, pureza. Descuella entre los muchachos del oratorio por virtudes no comunes y por la aparente facilidad y naturaleza con que hace las cosas más difíciles. La matriz de su formación humana, apostólica y espiritual es salesianas. Tiene solo 15 años; pero los salesianos comprenden que se trata de buen material: llega a ser delegado Aspirantes y generoso animador del oratorio. Trabaja con total esmero entre los jóvenes, animándolos con una justa visual del juego y de la diversión. Es inteligente, enriquecido con una buena memoria, pacífico aunque vivísimo, fuerte

de carácter, generoso, animado por un profundo sentido de responsabilidad y justicia. Gracias a sus cualidades humanas goza de un fuerte ascendiente sobre los compañeros y todos lo aprecian por sus virtudes.

Pese a ello, Marvelli no ha nacido con alas y aureola, la conquista de sí mismo será gradual y difícil. En este clima madura su elección fundamental de pertenecer a Jesús y seguirlo. Escribe en su Diario: “No puede haber un camino intermedio, no se pueden conciliar Jesús y el demonio, la gracia y el pecado. Pues bien, yo quiero ser todo de Jesús, todo suyo. Si hasta ahora fui algo incierto, ahora ya no debe haber incertidumbre, el camino está tomado: sufrirlo todo, ya no pecar. Jesús, antes morir que pecar. Ayúdame tú a cumplir esta promesa”.

“Servir es mejor que hacerse servir. ¡Jesús sirve!” – sigue escribiendo en su Diario. Es con este espíritu que enfrenta sus pesados compromisos cívicos. Alberto llega a ser un apasionado reconstructor de la ciudad, no ahorra energías porque advierte y sufre las necesidades, las urgencias, la desesperación de la gente. Empeñado en la difícil tarea de la construcción de la ciudad terrenal, alguien lo reprendió diciéndole que habría debido dedicar más tiempo a las actividades eclesiales. Alberto contesta con sencillez: “También esto es apostolado”, afirmando así nuevamente su vocación de laico comprometido en el mundo. Siente y vive su empeño en la política como un servicio a la colectividad organizada: la actividad política podía y debía llegar a ser la expresión más alta de la fe vivida. Alberto en los últimos sirve al Señor. Estaban con él especialmente en los momentos de oración, de su diálogo con Dios, al cual se elevaba llevando en el corazón a los pobres, sus hermanos más amados.

En el verano de 1946, tras larga reflexión, decide su vocación, que en los años anteriores había oscilado entre una consagración religiosa y el sacerdocio. Ahora ha decidido: formará una familia y le pedirá a Marilena Aldé de Lecco, que ha conocido en Rimini durante las vacaciones de la secundaria superior enlazando con ella una fuerte amistad espiritual, que sea su compañera. Le declara su intención de viva voz, luego le escribe una larga carta el 27 de agosto: “...es desde el lunes que he sentido nuevamente latir mi corazón por ti, después que te he visto siempre hermosa y con los ojos algo tristes, pero tan bondadosos. ¿Podría ser ésta la llamada que está despertando el amor?”. La carta no tiene respuesta. También a este dolor Alberto está preparado: “Amo demasiado al Señor para rebelarme o llorar sobre su voluntad... a esta voluntad debemos sacrificar la satisfacción de nuestros deseos e ideales terrenales”.

La vida de Alberto es un fuerte llamado, sobre todo a los laicos, para “testimoniar la fe a través de las virtudes que son específicas de ellos: la fidelidad y la ternura en la familia, la competencia en el trabajo, la tenacidad en servir el bien común, la solidaridad en las relaciones sociales, la creatividad en emprender obras útiles a la evangelización y a la promoción humana. A ellos les corresponde también mostrar – en estrecha comunión con los Pastores – que “el Evangelio es actual y que la fe no sustrae el creyente a la historia, sino que lo sumerge más profundamente en ella”, como escribió Juan Pablo II.